

In Memoriam

Francisco MURILLO FERROL

Se me ha ido el autor. En silencio, y entre los dedos, cuando aún estaba dando los últimos retoques a las galeradas que hablan de su vida; y fíjense, eran momento de muerte: de su muerte. Y ya no me era dado contar la historia de la misma manera; no sentía el pulso del relato del mismo modo a como lo hubiera sido si él pudiera haberlo leído. Uno se siente más seguro cuando el receptor del mensaje lo tiene enfrente y puede replicar y enmendar la plana al que lo emite. Ahora ya no es así. Don Francisco Murillo ya no puede leer lo que ahora me parece una leve reseña de una de las biografías más prolíferas y ejemplares de las ciencias sociales contemporáneas de España.

Afortunadamente nos queda su obra, sus enseñanzas y su memoria. De ésta rescato la que considero que ha sido la última entrevista personal de carácter profesional que ha concedido. Apenas hace unos meses tuve la oportunidad de compartir con él una conversación entrañable en la que desbordamos los límites del objeto formal de nuestro encuentro. El acento granadino, incluidos ciertos giros populares, que nunca perdió a pesar de los años que ha estado ausente de su tierra, no hacían de menos a la precisión de su lenguaje con el que era capaz de dibujar figuras literarias de profundo significado. Es cierto que a veces mostraba olvidos o fugas de la memoria sobre algunas fechas o lugares —¿a quién no le ocurre?—, pero en ningún momento mostraba inconsistencia en su discurso, donde el sujeto colectivo representado por el contexto en el que se ha desenvuelto su biografía era prioritario a las referencias que pudiera hacer de su persona. El *yo* como divisa de identidad estaba prácticamente ausente de la conversación. Las referencias a su vida se hallaban proyectadas sobre aquéllos con los que ha hecho el itinerario vital: con quienes en su relación cotidiana iba construyendo su propio personaje. La gratitud en Murillo era implícita y opuesta a la zafia adulación del que busca prebenda. Una muestra de ella puede apreciarse en el cuidado detalle que pone cuando refiere a sus maestros o amigos. La estampa que describe de su encuentro en Madrid con Nicolás Ramiro Rico es proverbial al respecto.

También es momento de evocar a sus discípulos —que cabe situarlos en varias generaciones—, de entre los cuales ya no se encuentra José Luis García de la Serrana. A sólo unos días del fallecimiento del maestro se producía el suyo propio. El artículo que firmo en el presente número de *Política y Sociedad*, sobre el perfil intelectual de don Francisco Murillo, es deudor en buena medida de la información que me proporcionó *ad hoc* en una entrevista en su ciudad natal, Granada, como la del maestro. Cuando le hacía a don Francisco alguna pregunta de detalle sobre su obra, de su vida o sobre la Escuela de Granada que requería alguna minuciosidad, me solía decir: «eso preguntásete a José Luis que tiene una memoria de elefante». La casualidad hizo que en los albores del verano de este año de 2004 coincidiéramos en un tren que sale de Granada y que tenemos la oportunidad de compartir los de Jaén a su paso por la estación de Linares-Baeza. En esa última ocasión, en la cafetería, recuerdo su semblante de ojos claros pero tristes y caídos, fumando un *camel* corto sin filtro, y hablando del tema de interés que teníamos de común: don Francisco. La imagen, ahora, se me antoja premonitoria.

Sirvan estas palabras para recordarle, desgraciadamente, en el mismo contexto en que lo hacemos con su maestro.

Los demás discípulos que viven, en su variedad, poseen los mejores testimonios de la experiencia vital e intelectual que han compartido con los que se han ido. A ellos tendremos que referirnos ahora cuando queramos saber lo que don Francisco Murillo Ferrol ya no nos puede contar. A ellos va, en primerísimo lugar, dedicada esta nota necrológica que la pretendo también de condolencia. Su lealtad, una vez más, quedó patente cuando el pasado domingo día 5 de septiembre, (su fallecimiento había tenido lugar el día anterior), a las 14 horas, se reunían en la *Almudena*, junto a familiares y un representativo grupo de buenos amigos, para despedir al maestro. Con la *venia* de sus discípulos, colegas y amigos: que su memoria y enseñanzas perduren por mucho tiempo entre nosotros.

Felipe MORENTE MEJÍAS